

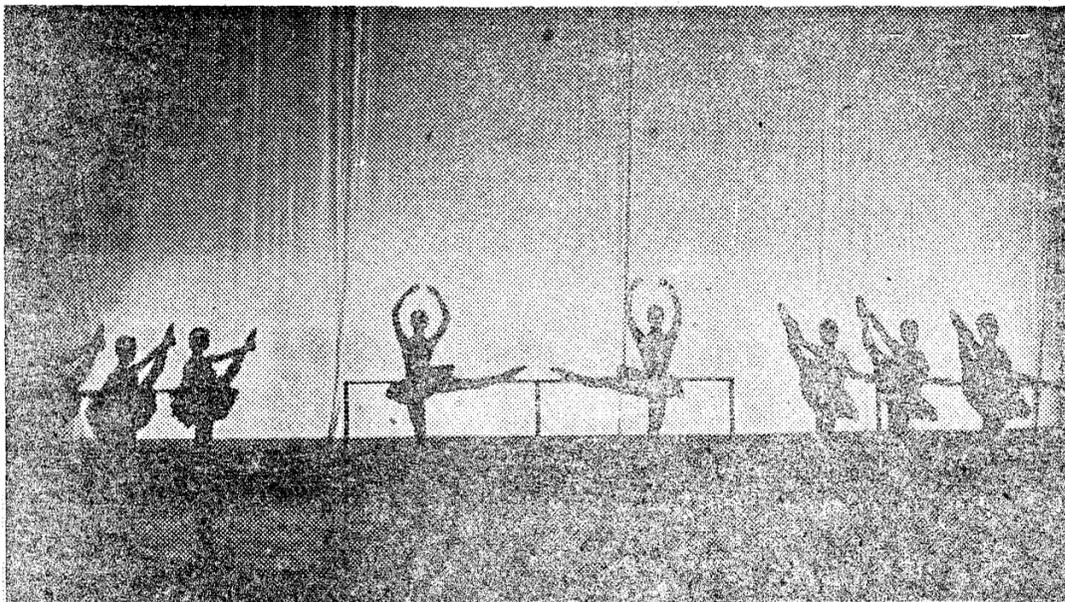
PAGINA DE LA MUSICA



EN EL VATICANO SE HA CONMEMORADO EL DOSCIENTOS CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JUAN CABANILLES

Con ocasión del doscientos cincuenta aniversario de la muerte del gran compositor y organista español Juan Cabanilles, se ha celebrado en el Pontificio Instituto de Música un solemne acto académico que estuvo patrocinado por la Embajada de España cerca de la Santa Sede. En la presidencia se hallaban el cardenal Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios, el cardenal Larraona, prefecto de la Congregación de Ritos, y el cardenal Albareda, así como el embajador de España ante la Santa Sede señor Gómez de Utrera. También se hallaban presentes otras personalidades vaticanas, embajadores hispanoamericanos y representantes del mundo musical romano.

Monseñor Angles, presidente del Instituto Pontificio de Música, pronunció una doctísima conferencia sobre «La música de órgano en la España de los siglos XVI y XVII y la obra de Cabanilles». El padre Julián Sagasta, organista de la basílica de Santa María la Mayor, interpretó un brillante concierto de composiciones de Cabanilles. Tanto el conferenciante como el concertista fueron aplaudidos por el público que llenaba la sala de audiciones del Instituto.



La belleza del ballet «Estudios» está lograda principalmente con hábiles efectos luminotécnicos

EMPIEZA LA TEMPORADA DE PRIMAVERA EN EL LICEO

LAS PRIMERAS REPRESENTACIONES DEL «LONDON'S FESTIVAL BALLET» MAS INTERESANTES POR LA INTERPRETACION QUE POR LOS DEMAS ELEMENTOS DEL ESPECTACULO: LA MUSICA Y LA ESCENOGRAFIA

Empezaron las funciones de ballet en el Liceo. Si debiéramos juzgar por el primer programa, diríamos que la temporada se caracterizará por una tendencia a descompensar el tradicional equilibrio de la danza de teatro en la que se nivelan música, escenografía e interpretación, con una tendencia hacia la valorización del último de estos tres aspectos del ballet moderno. Esta tendencia parece generalizarse actualmente, cuando el ballet se aproxima a una sintetización de todos sus elementos en favor de uno solo; la coreografía y su realización práctica. Cuarenta años

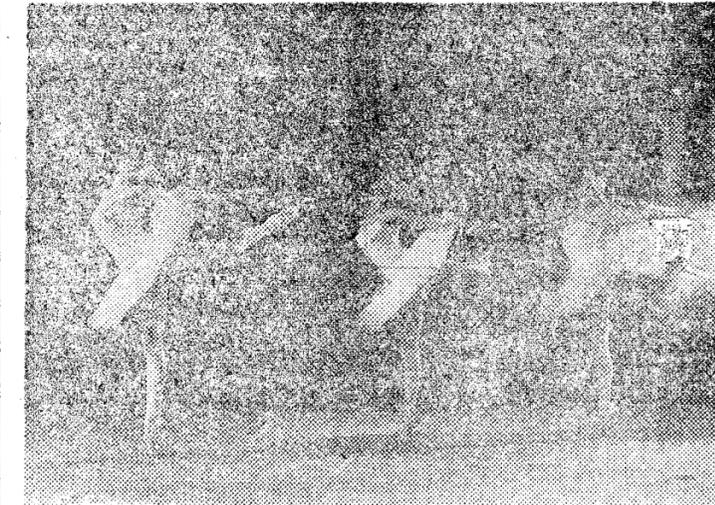
atrás, en el gran momento de los «Ballets Russes», se hablaba y discutía tanto de Diaghilev como de Nijinsky, Fokine, Bakst, Benois o Stravinsky. Hoy las grandes figuras del ballet son Balanchine, Jerome Robbins o Maurice Bejart. Estos, para sus realizaciones usan preferentemente de partituras conocidas, del jazz o de la música electrónica, y confían la realización plástica del espectáculo a los especialistas en luminotécnica, más que a las creaciones de los pintores que, salvando las naturales excepciones, producen sus obras ajenas a la reciente evolución del ballet y la pantomima.

En Barcelona, hemos estado bastante al corriente del movimiento coreográfico internacional. Claro que los enamorados de este espectáculo siempre nos parecerá poco haber admirado en una sola temporada (1952) el «New York City Ballet», con Balanchine, y fugazmente el conjunto inolvidable de Jerome Robbins, que ofreció tres únicas representaciones en octubre de 1959 en el Liceo. No duele también que Maurice Bejart, que está imponiéndose como el primer realizador de ballets de vanguardia, pasara sin pena ni gloria por el Palacio de la Música hace cuatro o cinco años, ignorado por casi la totalidad de la gente que aquí parece interesarse por la danza de teatro.

Resulta empero una compensación que éstos hayan venido al menos una vez y que con el paso de los años hayamos podido ver repetidamente la que fue cambiante pero siempre notable formación que aglutinaba al Marqués de Cuevas, que hayamos aplaudido el ballet francés al través de la compañía de la Opera de París y el ballet inglés con una muy buena temporada (1957) del «Sadler's Wells», y ahora, por cuarta vez, el «Festival Ballet» que debutó en 1954 (dirigido entonces por Anton Dolin y militando ya en sus filas John Gilpin y Oleg Briansky), actuó nuevamente el año siguiente, en 1959, y finalmente ha vuelto en este mes de mayo con una formación no muy cambiada con respecto a la de las anteriores temporadas. Ya no está al frente del conjunto Anton Dolin, con lo que la compañía ha roto el nexo con las tradiciones de los primitivos «Ballets Russes» que viajaron por Europa, mantenida hasta hace poco por Dolin, este discípulo, amigo, colaborador y bailarín activo en las fabulosas realizaciones de Diaghilev. Le ha substituido en la dirección de la compañía el primer bailarín John Gilpin. Es de esperar con plena autoridad, Gilpin en su actual primera salida en la escena del Liceo, ha producido la sensación de estar en gran forma. Sus intervenciones en un breve paso a dos y en los más comprometidos solos del ballet «Estudios», han puesto en evidencia que mantiene toda su elevación, la elasticidad de sus músculos y la agilidad de su «batterie». Sigue siendo un muy buen bailarín pero falta saber si será también un buen promotor, capacitado para renovar las ambiciones y el repertorio del londinense «Festival Ballet».

La compañía, por el momento, parece que, en cuanto a repertorio y bastante en lo que se refiere a intérpretes, se dedica a mantenerse sin muchos cambios, explotando los éxitos anteriores y asomándose muy tímidamente a las novedades. Estas, ya podemos predecir que no serán muy grandes. Gilpin no flaquea aún en ninguna de ellas como coreógrafo. Veremos una coreografía de Balanchine para la «Bourrée Fantastique» de Berlioz. Para otras creaciones, notamos que la compañía no ha querido equivocarse, acudiendo a la «Arabesque de Bejart» montada hace ya muchos años por Litar a una nueva transformación de «El Lago de los Cisnes» a un

breve «Adage», de Albinoni, coreografiado por Briansky, a la exhumación del «Grand Pas des Fiancées» y la escenificación que probablemente tendrá más relieve; la de un cuento ruso con música original para el mismo Tchaikovsky y escenificación de Vladimir Bourmeister, Yuri Pimenov y Gennady Epishin. Claro que esta obra será la más importante entre las nuevas que presenta el «Festival Ballet».



En «El Lago de los Cisnes», la técnica no coacciona nunca la expresión de los intérpretes

En la función inaugural que tuvo lugar el sábado y cuyo programa se repitió el domingo y se representará igualmente esta noche, la aludida tendencia por valorar la interpretación relegando a segundo plano los demás factores del ballet, fue muy perceptible. Sin embargo, para el primer acto del insoslayable «Lago de los Cisnes», fue presentado un nuevo decorado que ayudó a sugerir la atmósfera fantástica de este célebre poema coreográfico. Con este cambio la mejora de la escenificación es evidente, contribuyendo también a vitalizar el espectáculo las modificaciones introducidas por Vladimir Bourmeister en la coreografía del viejo maestro Patinal. Estos cambios, aún siendo considerables, no modifican nada substancial en los intocables aciertos que consiguió Petipa, dándonos en cambio mayor ductilidad y posibilidades para la expresión que fueron muy bien aprovechadas por Irina Borowska, protagonista del ballet al lado de David Adams, adecuado «partenaire» de la estrella más por su excelente figura de bailarín que por su técnica, algo limitada. Irina Borowska, es sin duda una bailarina de primer orden, de magnífica armonía de brazos y bella y noble escueta, muy propia para el «ballet» romántico. El cuerpo de baile complementó dignamente a los solistas.

«Arlequinada» es, como todos sabemos, un paso a dos que se representa para exclusivo lucimiento de los intérpretes. La música de Drigo es de infima calidad, pero de un justo proceso rítmico para permitir todos los virtuosismos y el más vistoso trenzado de pasos, saltos y acrobacias. La versión lograda por los bailarines fue muy buena. Carla Franci es una bailarina algo dura y no del todo adecuada en cuanto a estilo, pero perfectamente segura y muy brillante. John Gilpin estuvo magnífico en este solo. Agil, raudos en las vueltas,

elástico en los saltos, limpio en la técnica, espoleó el entusiasmo del público que le ovacionó espontáneamente y durante largo rato.

En «Grand pas des Fiancées», resultan ser unas variaciones del segundo acto de «El Lago de los Cisnes» para seis bailarinas. Su valor también está centrado en las posibilidades de lucimiento. Ya sea por la mayor variedad de la coreografía o la particular sugestión de la música en la tercera, quinta y sexta variación, éstas fueron las mejores, correspondiendo su interpretación a Carol Yule, Marilyn Burr y Claire Sombert.

La misma Claire Sombert ofreció una bella versión del «Romeo y Julieta», de Tchaikowsky, al lado de Oleg Briansky. Muy expresiva ella, con mucho temperamento dramático, se impuso totalmente, dejando a Briansky un poco en la sombra. Hay que esperar que en otros ballets este excelente artista tendrá ocasión de demostrar más concretamente su valía. «Romeo y Julieta» es un dilatadísimo paso a dos. No llega a cansar (al espectador, se entiende) porque la coreografía del propio Briansky es muy buena y la música adecuadísima para el baile, pero el espectador desearía para esta fantasía sinfónica de Tchaikowsky un ballet más completo, más variado y rico en figuración, al estilo del «Francesca de Rimini», que montó tan acertadamente Lichine. El asunto, la música y la acción darían para hacer algo más que este exagerado «adage» para dos solistas.

En «Estudios», ballet basado en una adaptación libre de algunos ejercicios pianísticos de Czerni, la coreografía de Herald Lander es de una admirable fantasía. La interpretación la casi totalidad del cuerpo de baile, del que sobresalieron Toni Lander —bailarina completa que conviene por la precisión de su técnica y seduce por la finura y delicadeza de su estilo—, y John Gilpin, igualmente acertado que en el paso a dos anterior. En estos «Estudios» se concreta la nueva estética del ballet que han impuesto principalmente Balanchine y Robbins prescindiendo de decorados y prácticamente de figurines (los intérpretes visten mallas y «tutus» de colores neutros), confiando a la luminotécnica la variación y belleza de los efectos visuales. La hábil combinación de luces y de un rico lenguaje coreográfico debido a Herald Lander, da por resultado una perfecta realización de positiva armonía plástica. No es éste el mejor ballet con escenificación sintética que hemos visto, pero sí una buena aportación del «London's Festival» a esta nueva perspectiva del baile clásico actual. Además de

LOS CONCIERTOS

La «Novena Sinfonía» por el «Orfeo Manresà».

El «Orfeo Manresà», para conmemorar su LX aniversario, ofreció una audición de la «Novena sinfonía», de Beethoven, en el Palacio de la Música. La dificultad enorme de la obra, su importancia y significación, no asustaron a los «cantantes» manresanos, quienes para asegurar la justeza de la interpretación se pusieron bajo la batuta del maestro húngaro György Rayki.

El concierto, que empezó con la obertura de «Egmont», transcurrió con algunos altos y bajos en el acierto Rayki —director que ya conocíamos y cuya autoridad sobre la orquesta es considerable— condujo la obra con algún desmayo, consiguiendo buenos efectos expresivos, especialmente en el segundo tiempo, donde gravita toda la grandeza de Beethoven. En el movimiento final, tan duro y que parece escrito para provocar el naufragio de los cantantes, mantuvo con dificultades el timón de la nave orquestal, sobre la cual los orfeonistas se mantuvieron unidos con bastante firmeza, salvando los escollos de la afinación y del ritmo, mantenido con vigor. Todos los elegios merece este conjunto de voces, que con tanta fe procura conocer y estimar las grandes creaciones de la música. Los ensayos para esta «Novena» habrán sido fatigosos. Asistimos al general y de él sacamos la impresión de que el «Orfeo Manresà» ha debido trabajar mucho y provechosamente con Agustín Coll, su director titular, para llegar al dominio de la partitura.

El cuarteto solista supo adaptarse en parte a la tesitura violenta y a los problemas de expresión que plantea la obra. Cantaron muy justamente Lolita Torrentó, Anna Ricci y José María Descarga. Lo hizo también con muy buena voz el tenor José Esquius, aunque no pudo evitar en algún momento salirse del ritmo ordenado por el director.

La «Novena» es una obra muy difícil. Para dar una buena versión de esta partitura, que parece reservada únicamente a las grandes figuras de la interpretación, hacen falta muchos ensayos y unos medios que no están al alcance de los simpáticos orfeonistas de Manresa, que por otra parte merecen por su esfuerzo y buena voluntad todos los aplausos.

El dúo Starker-Sebok

La conjunción de estos dos artistas húngaros es verdaderamente magnífica. Starker es un violoncelista en el que coinciden la infalible técnica con el más bello estilo. El pianista Sebok une a una penetrante musicalidad, una infalible pulcritud de mecanicismo. Ambos en el último concierto de la Asociación de Cultura Musical interpretaron con igual maestría todo el programa. No sabríamos decir en qué obra estuvieron mejor, más compenetrados y mejor adaptados al carácter de cada obra. La misma profundidad expresiva lograron en una «Sonata juvenil», de Beethoven (opus 5, número 2), que en la vehemente opus 99, de Brahms. Los más exquisitos acentos los reservaron para la «Sonata en re menor», de Debussy, y el fragor rítmico para la primera «Rapsodia», de Bela Bartok, sin, empero, salirse de un tono contenido y austero. El recital fue completado con dos preciosos regalos: el de un «Adagio y allegro», de Bach, y las «Siete variaciones sobre un tema» de «La flauta mágica», de Beethoven, que redondearon un éxito muy merecido.

Alberto Giménez, solista de la Orquesta Municipal

En el último concierto popular de la Orquesta Municipal, con la «Sinfonía incompleta», de Schubert, y las «Variaciones sobre un tema de Haydn», de Brahms, se puso en programa el tan admirado «Concierto número 1», de Tchaikowsky, que tuvo por solista al joven pianista Alberto Giménez Attenelle. Su actuación fue extraordinariamente brillante. Con toda la fuerza necesaria en la pulsación, con un empuje expresivo sostenido sin destallemientos, con una seguridad, una rotundidad y una vehemencia de gran concertista, Alberto Giménez se impuso en esta obra, disociable en cuanto a su calidad intrínseca, pero innegablemente subyugadora para el oyente medio. El pianista ganó la unánime simpatía del auditorio, que le ovacionó, correspondiendo a los aplausos con un «Estudio», de Liszt. Fue también muy celebrada en todo el programa la actuación de la orquesta y del maestro Herald Lander, que la condujo con mano segura y con un total acierto en realzar el carácter de cada composición.

Xavier MONTSALVATGE

EL FESTIVAL DE BURDEOS

Durante esta semana y la próxima, tendrá lugar en Burdeos el XIII Mayo Musical. La categoría de esta manifestación artística es evidente. Se anuncia la creación de «El Mitrídateo Eupatoreo», ópera desconocida de Scarlatti. Actuará la Orquesta Lamoureux, dirigida por Charles Munch, en dos conciertos. Gloria Davy será solista en otro concierto sinfónico dirigido por Roberto Benzi. Ofrecerán recitales Robert Casadesus y Arthur Grumiaux, entre otros. La participación española corresponderá a Joaquín Rodrigo, como pianista; Nicanor Zabaleta y el guitarrista americano Alvirio Diaz. Complementarán el Festival funciones teatrales y de «ballet», con la actuación de la compañía de Maurice Bejart.